

Una cita de Benjamín de Tudela como pretexto: la muralla romana de Tarragona

EDUARDO RIPOLL PERELLÓ

Para asegurar y magnificar la categoría y prestigio de pueblos y ciudades, los cronistas de nuestro Renacimiento no dudaron con mucha frecuencia en atribuirles una edad muy remota, con fundadores bíblicos o de las mitologías paganas. Además, como es lógico, siempre con la cronología propia de su tiempo. Así, por ejemplo, Florián de Ocampo (1495-1558) dice en su *Crónica General* que el Diluvio universal tuvo lugar en el año 2163 a. C. Protagonista importante en estas «historias» era Tubal, personaje pseudo-bíblico, hijo de Jafet y nieto de Noé, que habría sido fundador, entre muchas otras ciudades, de Tarragona, de Setubal en Portugal y de Tudela en Navarra el año 143 de la existencia del mundo (!).

Anticipado en semejantes ideas, precisamente era oriundo de Tudela Benjamín bar Jonah (o Jonás), bien conocido con el apelativo de su patrica chica. Su *Séfer ha-Mass'ot*, o *Libro de viajes*, está lleno de interesantes y al mismo tiempo sintéticas noticias de un recorrido que debió durar cinco o seis años (entre 1160 y 1173, siendo la segunda fecha la más segura) y que le llevó hasta la lejana Bagdad y el golfo Pérsico ¹. El

¹ Cf. el artículo «Benjamin (Ben Jonah) of Tudela» de la *Encyclopaedia Judaica*, Jerusalén, 19, 535-538, con un mapa y bibliografía.—Hemos visto dos ediciones recientes del viaje: la de Laura MINERVINI, *Benjamin de Tudela, libro di viaggi*, Palermo, Sellerio, 1989, 132 págs., del que hemos traducido del italiano el párrafo que aquí comentaremos, aunque es inexacta la nota explicativa acerca de Tarragona escrita por la editora; y la de José Ramón MAGDALENA NOM DE DEU, *Libro de viajes de Benjamín de Tudela*, Barcelona, Riopiedras, 1989 (2.ª ed.), 128 págs. y dos mapas plegados. Ambos siguen en principio la edición de M. N. ADLER, *The Itinerary of Benjamin de Tudela*, Londres, Frowde, 1907 (reimpreso en Nueva York, 1964) versión crítica hebrea y traducción inglesa que utiliza el Ms. del British Museum núm. 27.089. Acerca de las diversas ediciones, manuscritos y traducciones, cf. la citada obra de J. R. MAGDALENA NOM DE DEU, págs. 15-20.

texto lleva un breve proemio en tercera persona que hace pensar que, por las muchas noticias que contiene, la narración debió circular por diversas comunidades hebreas de Sefarad y otros países mediterráneos en forma de copias más o menos abreviadas. En efecto, la obra está llena de referencias curiosas, aunque ignoramos si Benjamín de Tudela viajó por cuestiones de comercio, de religión, o simplemente de aventura. En su narración no deja nunca de citar las personas sabias pertenecientes a cada una de las comunidades que le reciben. También da referencia de monumentos y de costumbres, por lo general adornándolos con leyendas o tradiciones que recoge. Pero, lo que si es cierto, es que en ella manifiesta su gusto por lo ignoto y novedoso.

Al principio del *Séfer ha-Massa'ot* de Benjamín de Tudela se halla una breve anotación sobre Tarragona que aquí sacamos a colación por su singularidad. Por el Ebro, entonces navegable e importante vía de comunicación, Benjamín desciende desde su ciudad natal hasta Tortosa, con parada en Zaragoza. Desde Tortosa, según la lectura de L. Minervini, Benjamín nos dice: «en un viaje de dos días llegué a la antigua Tarragona, que tiene construcciones ciclópeas y griegas, de las que no hay nada parecido en Sefarad». Luego prosigue el viaje hacia Barcelona. Como es natural hay otras versiones; así una muy reciente del profesor J. Ramón Magdalena Nom de Deu dice lo siguiente: «Desde allí (*Tortosa*) caminé dos jornadas hasta la antigua Tarragona, (*que*) era de construcción de cíclopes griegos como no se encuentra nada semejante en todas las tierras de España. Se asienta junto al mar». El que esto escribe no está preparado para un análisis filológico del texto, pero señalaremos que en las palabras *anaquin yēwainim*, Benjamín utiliza la forma *anq*, que significa básicamente «gigante»².

La primera cosa sorprendente en dicha noticia es que su fecha es el último tercio del siglo XII. Faltaba entonces aún mucho tiempo para los albores del Renacimiento y para sus curiosidades arqueológicas. Seguramente en aquel momento los restos de la Tarraco romana se mostraban con más evidencia, antes de ser utilizados como cantera o quedar enmascarados por las edificaciones medievales. Recuérdese que, después de casi un siglo de intentos fallidos, la conquista definitiva de Tarragona tuvo lugar en 1146 y que, a partir de esta fecha y hasta ca. 1165, ocurrieron los episodios de las luchas entre los arzobispos y el normando Robert Bordet (o Robert d'Aguiló) y sus hijos, el primero «Príncipe de

² Para la interpretación del fragmento agradecemos la ayuda que nos ha prestado don Jorge Casanovas Miró.

Tarragona» y los segundos intentando mantener dicho título. En aquellos primeros años posteriores a la reconquista, la restauración o construcción de edificios debió ser muy lenta. La visita de Benjamín de Tudela a Tarragona tuvo lugar precisamente en este tiempo, pero en su texto no hace ninguna alusión a dicha lucha feudal. Y, sin embargo, Benjamín seguramente sabía quien era Robert Bordet, que había sido gobernador de Tudela del 1114 al 1126, después de su conquista por Alfonso I de Aragón, por tanto en una fecha próxima a la del nacimiento del judío viajero. Tampoco, y sin embargo lo hace para la mayoría de las ciudades de su itinerario, da ninguna referencia de una comunidad hebrea en la ciudad de Tarragona, acaso porque en este momento no existía, pero que, como es sabido, llegó a ser bastante densa en los inmediatos siglos posteriores³.

Parece que en aquel texto hay que entender que Benjamín está aludiendo a las murallas, siempre aparentes y en uso, si bien las ruinas de muchas otras construcciones debían estar también a la vista. Que hubiera hablado simplemente de «imponentes murallas» no sería sorprendente. Pero, si lo es que las calificara de *ciclópeas* (o de *ciclopes*) y de *griegas* (o *griegos*). Lo primero ciertamente lo son por su tipo de construcción y es por este motivo que el calificativo sigue siendo comúnmente utilizado en nuestros días. Lo segundo no es cierto, pero se podría suponer que lo que quería señalar Benjamín era un tiempo anterior a los romanos. De ninguna manera creemos que pueda aludir al problema de la existencia de una factoría griega en Tarragona o sus inmediaciones del que tanto se ha hablado. Puesto que, ¿existió realmente la Callipolis de Avieno? Si fuera cierto, el establecimiento debería estar entre el cabo de Salou y la propia Tarragona, pero la urbanización de la zona en los últimos cincuenta años no ha dado lugar a ningún descubrimiento arqueológico de esta época⁴. Pero también hay que recordar que de los estratos inferiores de la muralla proceden tres fragmentos de cerámica griega publicados por N. Lamboglia que indudablemente corresponden a un acarreo. Para nosotros, Callipolis pudo ser un nombre griego dado a

³ José SÁNCHEZ REAL, «Los judíos de Tarragona». *Boletín Arqueológico* (Tarragona) XLIII, 1949, págs. 15-45, 2 láms. y 1 plano.—F. CANTERA, y J. M.^o MILLAS, *Las inscripciones hebraicas de España*, Madrid, CSIC, 1956, págs. 264-267, 350-356 y 415-417.—Juan SÁLVAT, *Tarragona antigua y moderna a través de su nomenclatura urbana (siglos XIII al XIX)*, Tarragona, 1961, págs. 361-391.—Gabriel SECALL, *Les jueries medievals tarragonines*, Valls, Institut d'Estudis Vallencs, 1983.

⁴ Adolf SCHULTEN, *Avieno, Ora maritima*, «Fontes Hispaniae Antiquae», vol. I, Barcelona, 1922 (2.^a ed., 1955), superado por la edición de Pere VILLALBA, i VARNERDA, *Ruf Fest Aviè, Periple (Ora maritima)*, Barcelona, 1986 (Fundació Bernat Metge, núm. 241).

la Tarraco romana coetaneamente, con los que se correspondería la mención de las altas murallas que hace Avieno. He aquí el fragmento:

*Post haec havenae plurimo tractu iacent,
per quas Salauris oppidum quondam stetit,
in quis et olim prisca Callipolis fuit,
Callipolis illa «quae per altam» moenium
procevitatem et celsam per fastigia
Subibat auros, quae lacis uasti ambitu
latere ex utroque piscium semper ferax
stagnum imprimebat. Inde Tarraco oppidum...*
(Av. 512-519) ⁵.

La cita de Benjamín de Tudela es pues, muy probablemente, un nuevo dato a añadir a la historia de las murallas de Tarragona que presentan el importante y complicado problema de su cronología y que son, como se ha dicho recientemente, «el más antiguo testimonio de la ingeniería militar romana de la Península Ibérica». El paisaje urbano de Tarragona, y más concretamente el de su parte alta, ha estado siempre condicionado por su recinto amurallado (fig. 1). Recordaremos que, hasta hace casi cincuenta años, la opinión generalmente admitida era que el basamento ciclópeo era ibérico y anterromano y que encima de él se construyó el muro romano de aparejo regular.

Una referencia de las murallas como monumento romano es la recogida por el cronista Jerónimo de Zurita (1512-1580) de fuentes contemporáneas y a la que ya hizo referencia a comienzos del presente siglo Emili Morera i Llauradó (1846-1918), el fundador del venerable *Boletín Arqueológico* de Tarragona. El texto de Zurita corresponde a la época de Juan II y a los últimos meses del año 1462, y dice así *...que duraban algunas torres y muros de edificio romano, fundadas sobre tan disformes y grandes peñascos que no parecía que podían ser movidos por máquinas y artificio, ni destos tiempos ni destos hombres, y sus minas y cavernas llegaban a la mar* ⁶.

⁵ Fragmento con la traducción al catalán y las notas correspondientes en las págs. 98-99 de VILLALBA i VARNEDA, *Ruf Fest Avié...*, citado.

⁶ J. DE ZURITA, *Anales de la Corona de Aragón*, lib. XVII, cap. XLVIII, Zaragoza, 1567-1580.—Emili MORERA i LLAURADÓ, *Provincia de Tarragona* (vol. de la *Geografía General de Catalunya* dirigida por F. CARRERAS CANDI), Barcelona, ed. Alberto Martín, s.a. (1919?) págs. 120-121.



Fig. 1. Croquis del recinto amurallado de Tarragona en distintas épocas. La línea negra seguida exterior señala el perímetro de la muralla romana. (Según CAUT, 1991).

El ambiente renacentista se reflejó en la obra del historiador tarraconense Lluís Pons d'Icart (1518-1587), coetáneo de Zurita, que nos legó una magnífica descripción de la muralla que en su tiempo se conservaba en la mayor parte de su recorrido (4.000 metros) ⁷.

Ya en el siglo XIX, Buenaventura Hernández Sanahuja (1810-1891), fundador y primer director del Museo Arqueológico de Tarragona, atribuyó el muro ciclópeo a pobladores prehistóricos y los tramos de aparejo de sillares a los iberos. Por ello puede ser considerado como el fundador de la teoría de las dos edades ⁸.

El primero que en los tiempos modernos defendió la cronología romana para la muralla, y con argumentos muy sólidos, fue el citado Emili Morera i Llauredó que hizo, además, una excelente descripción del conjunto monumental. Morera ya habló de un establecimiento griego en la zona baja de la ciudad, recogiendo así la opinión del insigne tarraconense Eduardo Saavedra Moragas (1829-1912) que pensaba que Callipolis y Tarraco eran una misma cosa. Para Morera, el lugar ya estaba habitado por gentes ibéricas y griegas antes de la llegada del ejército de Cneo Escipión ⁹.

Luego, la opinión de las dos edades a que hemos hecho referencia se generalizó. Aunque no especialista en arqueología romana, era de aquel parecer el arquitecto Jeroni Martorell, fundador del «Servei de Monuments de la Mancomunitat de Catalunya» (ahora «Servei del Patrimoni Arquitectònic de la Diputació», de Barcelona), que había trabajado en los años 1932 y 1933 en la restauración del sector de la muralla anexo a la Torre de Sant Magí (luego llamada Torre de Minerva por el relieve que entonces se descubrió en su parte alta) y urbanizó el Paseo de la Falsa Braga o Arqueológico que discurre al pie de aquella. Las amicales conversaciones con él, la lectura de varios textos del prof. Pere Bosch Gimpera, así como el examen de los cortes estratigráficos tarraconenses publicados por B. Hernández Sanahuja en el gran libro de los Siret, segu-

⁷ LUIS PONS DICART, *Libro de las grandezas y cosas memorables de la Metropolitana, insigne y famosa ciudad de Tarragona*, 1572, que el propio autor tradujo del catalán al castellano, reimpresa en Lérida por José Pleyán de Porta en 1883.

⁸ De Buenaventura Hernández Sanahuja se hace necesario exhumar sus numerosos informes a la Real Academia de la Historia (Madrid) y a la Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi (Barcelona), corporaciones de las que era correspondiente. — Sobre los museos de Tarragona y su historia: F. TARRATS BOU, *Tarragona, museus i territori* (Forum, temes d'història i d'arqueologia tarraconines, 2), Tarragona, 1986.

⁹ Cf. las 30 densas páginas de MORERA i LLAURADÓ, *Provincia de Tarragona*, citado, págs. 149-182 (la cita de Saavedra en la pág. 162).

ramente hicieron que el autor de estas líneas se sintiera entonces partidario de lo que podemos llamar teoría tradicional ¹⁰.

En efecto, como hemos recordado, en la literatura arqueológica anterior a 1950 se atribuía a los iberos la parte inferior de la muralla, de grandes bloques irregulares, megalítica o ciclopea (*opus siliceum*); y la parte superior a los romanos, recordando siempre que habían utilizado mano de obra indígena a causa de los signos ibéricos de sus marcas de cantero (*opus quadratum*). También se atribuían a la época ibérica las *posterulae* o poternas de servicio existentes.

Pero la evidencia de que dicha teoría estaba equivocada se impuso cuando se empezaron a realizar rigurosas excavaciones estratigráficas de los rellenos internos de la muralla, lo que coincidió con el mejor conocimiento de las cerámicas llamadas «campanienses». El primer trabajo al respecto fue el del canónigo Mosén Joan Serra Vilaró en 1949, que se basaba en diversas observaciones efectuadas a partir de 1932. También estableció —y los trabajos posteriores lo han confirmado— que hubo al menos dos proyectos para la muralla en su trazado, o sea dos fases (a nuestro parecer y en el de los investigadores actuales de la ciudad con dos momentos cronológicos: una con torres, sería del primer establecimiento romano en el invierno del 218/217 a. C. y completada en los años siguientes; la otra, sin torres, de la primera mitad del siglo II a. C., rehecha en parte sobre la anterior) (fig. 2). Dentro de la misma línea de Serra Vilaró, siguieron las excavaciones del Dr. J. Sánchez Real y del recordado profesor Nino Lamboglia, referidas a la segunda de las fases citadas. Con todo ello se demostró que en los rellenos de la muralla se contenía un conjunto de materiales que no era anterior al siglo III a. C. Se confirmaba así el texto de Plinio: *colonia Tarraco Scipionum opus sicut Carthago Poenorum* (Nat. III, 4, 4), al menos para la muralla ¹¹.

¹⁰ Jeroni MARTORELL, «Passeig arqueologic de la Falsa Braga a Tarragona» separata del *Butlletí del Centre Excursionista de Catalunya*, núm. 462. Barcelona, 1933; ID., «Valoració monumental i consolidació de les muralles de Tarragona», *Butlletí dels Museus d'Art de Barcelona*, vol. III, 1933, págs. 365-375.—P. BOSCH GIMPERA, *Problemes d'Història i d'Arqueologia tarragonina*, Tarragona, 1925.—Louis y Henri SIRET, *Las primeras edades del metal en el SE. de España*, Barcelona, 1890, vol. de texto, lám. 15 y descripción correspondiente.—E. RIPOLL, «La cronología de las murallas romanas de Tarragona», *Ampurias*, XIII, 1951, págs. 175-180, 5 figs. y 2 láminas.

¹¹ Juan SERRA VILARÓ, «La muralla de Tarragona», *Archivo Español de Arqueología*, XXII, 1949, págs. 221-236, 21 figs., acompañado de una nota de A. G(ARCIA) B(ELLIDO), págs. 280-282.—Nino LAMBOGLIA, «Il problema delle mura e delle origini di Tarragona», (E. RIPOLL PERELLÓ, y M. LLONGUERAS CAMPANA, eds.) *Miscelánea Arqueológica, XXV Aniversario de los Cursos Internacionales de Prehistoria y Arqueología en Ampurias (1947-1971)*, t. I, Barcelona, 1974, págs. 397-405.—A. BELTRAN, «El problema de la muralla ciclopea de

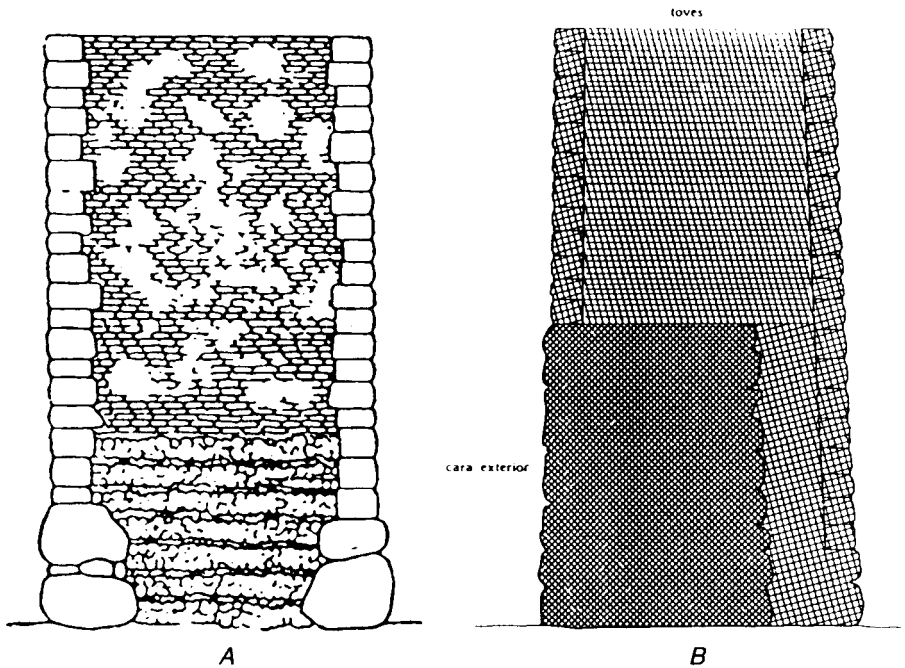


Fig. 2. Secciones de la muralla romana de Tarragona en investigaciones separadas por cincuenta años: A, según J. Martorell (1933), y B, según Th. Hauschild (1983).

Las observaciones continuaron después aprovechando diferentes obras. Teniéndolas en cuenta, algunos sectores del conjunto monumental fueron objeto de minuciosos estudios del profesor Theodor Hauschild, en particular en los sectores septentrional y oriental, durante los años setenta y ochenta. Hauschild descubrió en uno de los sillares del interior de la Torre de Sant Magí o de Minerva (que exhibe cinco enigmáticas cabezas labradas) la dedicatoria —*M. Vibio Menrva*— de un personaje llamado M.

Tarragona». *Caesaraugusta*, 28-30, 1967, págs. 143 y ss.—J. M.^o RECASENS, *La ciutat de Tarragona*, Barcelona, Barcino, 1966 (Enciclopèdia Catalunya, I).—J. SANCHEZ REAL, *La muralla de Tarragona*, Tarragona, Ajuntament, 1986; *Id.*, «El método en la Arqueología tarraconense. I, La muralla», *Butlletí Arqueològic* (Tarragona), 1986-1987, págs. 35-54; *Id.*, «El método en la Arqueología tarraconense. Las construcciones de la parte alta. La zona sagrada», *Butlletí Arqueològic* (Tarragona), 1988-1989, págs. 79-84.—CAUT, *La muralla romana*, Tarragona, 1991 (Quaderns de Difusió, 4).—Como es lógico, la literatura científica acerca de la muralla romana de Tarragona es mucho más extensa de lo que refleja el presente breve texto.

Vibius a la diosa Minerva del relieve citado, que es seguramente la primera o una de las primeras inscripciones latinas de Hispania¹². Por último, más recientemente, el colectivo arqueológico TED'A, eficazmente dirigido por X. Dupré, realizó nuevos estudios de los rellenos en el sector de la muralla de la calle de Sant Ermenegild.

Naturalmente, de todo lo sucintamente dicho se deriva una pregunta: ¿existió un establecimiento ibérico en el emplazamiento de la futura Tarraco? Aunque las murallas sean romanas —y esto, desde hace años, está fuera de duda— el autor de esta nota todavía sigue convencido de que en la plataforma o colina tarraconense, con su pozo de agua permanente (Plaça de la Font), al igual que en otros lugares de las inmediaciones, debieron existir uno o varios habitats ibéricos. Además, la desembocadura del Francolí tenía que ser necesariamente un punto de atracción para una población protohistórica. En el montículo pudo estar el poblado —más o menos grande— que llevaba el nombre de Cissa, Cesse o Cosse que figura en las monedas cuya acuñación perduró hasta el siglo I a. C., y que era, sin duda, la capital de los cosetanos. Hace una veintena de años se descubrió un núcleo indígena en un pequeño altozano cercano a la desembocadura del Francolí, pero no sabemos que este hallazgo haya sido publicado. Más seguros parecen los resultados obtenidos entre 1985 y 1990 por el TED'A en las calles de Caputxins y Martell de la zona baja de la ciudad, con estructuras arquitectónicas y materiales cerámicos fechables entre los siglos V y III a. C. Contrariamente a lo que pensamos, ¿estaría junto al mar la ciudad de Cesse?¹³.

¹² Theodor HAUSCHILD «Das Römische Tor in der Stadmauer von Tarragona», *Madriider Mitteilungen*, 15, 1974, págs. 141-175, 6 figs. y láms. 9-14 (trad. en el *Boletín Arqueológico*, de Tarragona, núms. 121-128, 1973-1974, págs. 23-33, 8 figs. y 8 láms.); *Id.*, «Torre de Minerva (San Magin), ein Turm der römischen Stadmauer von Tarragona», *Madriider Mitteilungen*, 16, 1975, págs. 246 y ss.—J. SANCHEZ REAL, «La exploración de la muralla de Tarragona en 1951», *Madriider Mitteilungen*, 26, 1985, págs. 91-117, láms. 12-15.—M. VEGAS, «Observaciones para una datación de la muralla basadas en la cerámica de corte Sánchez Real», *Madriider Mitteilungen*, 26, 1985, págs. 117-119.—Theodor HAUSCHILD, «Ausgrabungen in der Römischen Stadmauer von Tarragona, Torre de Minerva (1979) und Torre de Cabiscol (1983)» *Madriider Mitteilungen*, 26, 1985, págs. 75-90, láms. 9-11.

¹³ Aunque sólo incidentalmente se refieren a las murallas, señalaremos las más importantes aportaciones recientes a la arqueología tarraconense. TED'A (X. DUPRÉ, dir.), *Els enterraments del Parc de la Ciutat i la problemàtica funerària de Tàrraco*, Tarragona, 1987, 212 págs. 123 figs. y 10 láms. (Memòries d'excavació, 1). Xavier DUPRÉ i RAVENTÓS, J. M. MASSÓ i CARBELLIDO, M. L. PALANQUES i SALMERÓN, P. A. VERDUCHI BRUNORI, *El circ romà de Tarragona. I, Les voltes de Sant Ermenegild*, Barcelona, 1988, 100 págs., 76 figs. y 6 láms. (planos plegados) (Excavacions arqueològiques a Catalunya, 8), con abundante bibliografía sobre la ciudad. TED'A (X. DUPRÉ, dir.), *Un abocador del segle v d. C. en el Fòrum provincial de Tàrraco*, Tarragona, 1989, 460 págs. 253 figs. (Memòries d'excavació, 2).

Hay que esperar que las excavaciones y estudios sobre Tarragona se proseguirán y que el panorama histórico y arqueológico se irá completando y perfeccionando. También hay que hacer votos para que la clase política sea sensible a estas necesidades científicas. Recuérdese que la ciudad será el escenario del próximo Congreso Internacional de Arqueología Clásica que tendrá lugar en 1993.

Como testimonio perdurable del glorioso pasado de la imperial *Colonia Vrbs Triumphalis Tarraco*, el magnífico monumento que es su muralla sigue en pie. Ahora, el pequeño fragmento de Benjamín de Tudela —del siglo XII, no se olvide— viene a sumar a su historia la más antigua cita medieval de sus restos, que pensamos que alude concretamente a dichas murallas que han dado lugar a una amplia literatura reflejo de encontradas opiniones en busca de la verdad histórica.

X. DUPRÉ, (dir), *L'amfiteatre romà de Tarragona, la basilica visigòtica i l'església romànica*. Tarragona, 1990, 470 pàgs. 450 figs., 17 làms. (planos plegados en carpeta aparte) (Memòries d'excavació, 3).—En el momento de corregir pruebas del presente texto hemos recibido: Xavier AQUILUÉ; Xavier DUPRÉ; Jaume MASSÓ Jaume, y Joaquín RUIZ DE ARBULO, *Tarraco, guia arqueològica*, prólogo de Miquel Tarradell, Tarragona, Ed. El Médol, 1991, 128 pàgs. con numerosas figs. y planos, que se refiere a todos los monumentos de la ciudad, con la debida atención a las murallas; y el sustancioso compendio de datos histórico-arqueológicos actuales de Géza ALFOLDY, *Tarraco* (Forum, temes d'història i d'arqueologia tarragonines, 8), Tarragona, Museu Nacional d'Arqueologia, 1991, 92 pàginas.